

¿CAUSA O EFECTO?

EL ESPÍRITU COMPETITIVO EN NORTE AMERICA

Por RON HEINER

Desde tiempo inmemorial los pensadores y filósofos han atribuido todos los grandes éxitos alcanzados por las varias civilizaciones a lo que se llama el «carácter» o «espíritu» de sus gentes. Roma fue el producto del gran «espíritu de disciplina y genio de organización»; el Renacimiento Europeo fue el producto del «renacimiento de la energía y creación.»; y el ascenso de Norte América a preeminencia mundial fue debido al sorprendente «rudo espíritu competitivo». La prevalencia de este punto de vista puede apreciarse, pues se refleja hasta en los chistes que giran sobre las características étnicas de los pueblos (ejemplo: que los polacos son tontos; los italianos, haraganes; los alemanes tienden al militarismo, etc.)

Concordante con este punto de vista es la creencia de que si el orden y la civilización decaen, si los tiempos empeoran, lo que se necesita es una reconsagración, una rededicación, una renovación del espíritu de sacrificio por parte de toda la comunidad y que todo volverá nuevamente a lo normal.

Sin embargo, en el transcurso de los últimos dos siglos, un grupa selecto de pensadores ha puesto en duda la corrección de estos puntos de vista en relación con la civilización y la vida social.

Con la obra de Adam Smith «La Riqueza de las Naciones» surgió una disciplina esencialmente nueva que más tarde se llamaría ciencia Económica o Economía, y con ella vino al mundo un enfoque diferente acerca de la civilización que más tarde habría de revolucionar a todo el subsiguiente modo de pensar. Dos párrafos tomados de las hojas iniciales de la obra «Acción Humana» de Ludwig von Mises pueden servir de introducción a este punto de vista y a su significado:

«Otros filósofos han considerado los asuntos humanos desde el punto de vista de los Gobiernos. Estaban preocupados por establecer reglas de acción política, algo así como una técnica de gobierno y dirección estatal. Mentos especulativas trazaron planes ambiciosos para una completa reforma y reconstrucción de la sociedad. Los más modestos se conformaban con la colección y sistematización de datos de experiencia histórica. Pero todos estaban igualmente convencidos que en el transcurso de los acontecimientos sociales no existía la misma regularidad e invariabilidad de fenómenos que ya se había hallado como existente en la operación del razonamiento humano y en el orden de los fenómenos de la naturaleza. No se dieron a la tarea de buscar leyes que rigieran a la cooperación social, porque creían que el hombre podía organizar a la sociedad a su manera. Si las condiciones sociales no satisfacían los deseos de los reformadores, si sus utopías resultaban irrealizables la culpa, según ellos, recaía en la deficiencia moral del hombre. Los problemas sociales los consideraban problemas de ética. Lo que se requería, según ellos, para la construcción del tipo ideal de sociedad, eran buenos príncipes y ciudadanos virtuosos. Con hombres de bien, cualquier utopía podría realizarse.

El descubrimiento de la inescapable interdependencia de los fenómenos del mercado vino a erradicar dicha opinión. Sorprendida, la humanidad tuvo que hacerle frente a este nuevo enfoque de la sociedad. Se enteraron con estupefacción que hay otro aspecto desde el cual se puede interpretar la acción humana en otros términos que no simplemente el de: «buenos y malos», «razonable e irrazonable», «justo o injusto». En el curso de los acontecimientos sociales siempre prevalece una regularidad de fenómenos a los que el hombre debe de ajustar sus acciones, si pretende triunfar. Es inútil abordar las cuestiones sociales bajo la actitud del censor que aprueba o desaprueba desde el punto de vista de normas arbitrarias y juicio subjetivos de valor. Uno debe estudiar las leyes de acción humana y de cooperación social como el físico estudia las leyes de la naturaleza. La acción humana y la cooperación social vista como objetos de una ciencia de relaciones dadas y no como una disciplina que impone normas para que las cosas sucedan como deberían de suceder ésta fue una revolución de consecuencias tremendas para el conocimiento y filosofía, así como para el comportamiento social».

En otras palabras la creencia en la supremacía de la ética en cuestiones sociales fue puesta en duda: la sociedad no podía organizarse de conformidad con ninguna colección de normas éticas; con esto más: que prevalecían ciertos efectos ineludibles de varias estructuras sociales que no podrían nulificarse a pesar de la sinceridad y diligencia de aquellos individuos tratando de reformar el sistema social en términos de deseadas cualidades éticas (tales como el de la igualdad en todos los aspectos de la vida social). Dio esto lugar a que se desarrollara la idea que muchas de estas cualidades (tales como el carácter, el espíritu, la dedicación, etc., de la gente) podían más correctamente ser considerados como efectos o resultados de ciertos sistemas de colaboración social, más que la causa de cierta específica estructura social y los logros de las gentes comprendidas en dicha estructura.

Principios éticos más organización

Así es como una de las significantes revelaciones que salen a luz a través del desarrollo de las ciencias económicas es que las condiciones necesarias para el progreso y florecimiento de una civilización, incluye no sólo un sistema aplicable de valores éticos sino también el sistema aprobado de organización social y que ninguna de dichas condiciones es suficiente sin la otra.

Esto más, si prevalece un código moral, cuya práctica excluya el desarrollo apropiado de un sistema de organización social (por ejemplo: la creencia que considera a los comerciantes y a los prestamistas que cobran intereses, como personas dedicadas a ocupaciones deshonrosas), no puede haber progreso para dicha civilización; o si la aplicación de un código de doctrinas políticas y económicas también excluye el establecimiento y la existencia de un sistema apropiado de organización social, entonces todo esfuerzo por apelar a revitalizar la dedicación y espíritu moral del populacho no puede tener éxito en lograr el avance (o evitar la caída) de esa civilización. Podría por consiguiente, argumentarse que el tantas veces citado «espíritu de competencia e «individualismo rudo» del pueblo norteamericano son consecuencias de ese sistema de colaboración social que se caracteriza por la economía libre del mercado, y que dicho espíritu de competencia no hubiera podido desarrollarse sin dicho sistema de colaboración. Hay una notable y

significativa serie de eventos que han ocurrido durante los últimos meses que guardan íntima relación con la arriba mencionada y que están dramáticamente representados por la reciente medida de «congelar salarios y precios». En una de las declaraciones hechas por el Presidente Nixon poco tiempo después de ordenar la congelación, se enfatizó que a la larga lo que se requería para revitalizar a Norteamérica (además del control de salarios y precios) era una rededicación por parte de los norteamericanos a ese espíritu de competencia que había hecho grande a Norte América.

Juzgando por lo ocurrido con anterioridad, sin embargo, esta solicitud por parte de Nixon «de una rededicación del Pueblo Norteamericano al espíritu de rudo individualismo» resulta completamente ilusoria.

En realidad lo que se ha hecho es imponer la forma más drástica de restricción (o sea un sistema de control de precios en gran escala) en lugar del sistema de organización social (o sea el de la economía del mercado libre) que es la causa o condición previa necesaria para poder permitir que emerja o surja el espíritu rudo de competencia individualista que el Presidente cree necesario para conservar la grandeza de Norte América.

Esto quiere decir que el Presidente se ha embarcado en una política que si la continúa y amplía, acabará por eliminar lo que quede del espíritu de competencia e imposibilitará su posible resurgimiento.

Acrecentando el error

Todo esto viene a corroborar las palabras de Ludwig von Mises en las páginas finales de Acción Humana:

«Hoy día el estudio de las ciencias económicas está casi proscrito. La discusión pública de los problemas económicos tiende a ignorar casi en su totalidad todo lo que ha sido dicho por los economistas durante los últimos doscientos años. Los precios, salarios, tipos de interés y utilidades son tratados como si, para su fijación, no se dependiera de ley alguna. Los Gobiernos tratan de decretar y enforzar precios máximos a los artículos de consumo, y salarios mínimos. Los estadistas hacen llamados a los hombres de negocios, exhortándolos a reducir sus ganancias, rebajar sus precios y aumentar salarios, como si estos asuntos dependieran de la buena voluntad de los individuos».

Para poder alcanzar cualquier fin, se deben utilizar los medios apropiados que afectan las verdaderas causas de lo que se busca. El aspecto irónico de una interpretación puramente ética de los asuntos económicos, es que fundamentalmente se malinterpreta la forma de operar el sistema social de tal manera que suprime y oscurece la forma real de operación y las verdaderas causas de los problemas que se busca remediar. Al operar en esta forma las medidas tomadas a su vez se vuelven causas de distorsiones sistemáticas en el sistema económico; las cuales más tarde se interpretan como pruebas de la necesidad de extender aún más la política original y así se acrecientan y multiplican las distorsiones en un círculo creciente de auto-justificación.

Todas estas consideraciones tendrían un valor puramente académico si no fuera por el hecho de que dichas medidas y su continuación afectan adversamente a millones de vidas

en una forma esencialmente irreparable y cuyos efectos adversos posiblemente durarán siglos.

Tomado de THE FREEMAN, Marzo 1972.